

EULATO



Era un huevito muy extraño. No era de mosca, ni de robot, ni de avestruz. Dos lados rojos, dos lados azules, dos lados verdes: un huevito cúbico. Lo encontraron las hormigas al amanecer. Ellas van y vienen llevando comida al hormiguero. Cuando se encuentran se dan un beso y siguen. ¡Son tantas!

El primero en verlo fue Quico Hormiga:

—¡Eh! ¡Miren esto! ¡Vengan!

En pocos minutos el huevito cúbico estuvo rodeado de curiosos: la Chinche Verde, el Avispón Mobuto, Tito Nicolás Ciempiés, los grillos, la Araña Francisca, todo el mundo. Y, por supuesto, las 300.098 hormigas. De pronto, mientras



miraban al extraño huevito, este empezó a romperse en uno de los lados. En el lado verde.

—¡Uy! ¡Mamma mía! —gritó entusiasmado el Avispón Mobuto.

Después de romperse el lado verde se abrió también el lado azul y enseguida el rojo.

—¿Qué sale de ahí? —preguntó nervioso el Ciempiés mientras movía 46 de sus patas izquierdas.

—Es un pájaro de la Patagonia —opinó sin dudar un gusano—. Lo tengo visto en un manual.

—No. Es una ranita. Una ranita distinta a todas las ranitas —dijo una pulga.

—¡Pero qué va a ser una ranita! Eso es un pichón de ovni —gritó T. N. Ciempiés, y ya estaba por iniciar su famosísimo discurso sobre «Vida en otros planetoides» cuando lo interrumpió la señora Abeja.

—Yo no sé qué es —dijo—, pero por la cara, seguro que tiene hambre. Enseguida vuelvo.

Al ratito la Abeja estaba de vuelta con un dedal repleto de miel. Lo acercó al bicho que había salido del huevito cúbico y este se devoró toda la miel de una sola vez. Enseguida le trajeron otro dedal y una tapita de gaseosa. Finalmente se lo escuchó decir:

—¡Oink, oink! —se tocó la panza e hizo una mueca, como satisfecho. Todos

rieron. Para la noche, entre todos, le habían conseguido una casita en el gajo 14 de la planta, y un nombre difícil pero simpático: Eulato.

Al día siguiente todo el mundo se levantó temprano para ver a Eulato. Ese día comió siete dedales de miel y tres tapi-tas. Era la atracción del barrio. Los grandes no hablaban de otra cosa y los chicos imitaban sus gritos.

Al tercer día comió el doble, fue necesario agregar a sus alimentos miguitas de pan. En el quinto, granos de girasol y trocitos de ciruela. Era mucho trabajo el que daba, pero lo olvidaban cuando por fin escuchaban a Eulato reír, satisfecho: «Oink, oink».

Para la semana siguiente Eulato había crecido varios centímetros. Lulo Grillo anunció entonces que enseñaría a cantar a Eulato. Se sentó ante su atril y entonó: «Grrrrllll...», poniendo esa cara ridícula que ponen los grillos cuando cantan.

—¡Oinnnk...! —repitió Eulato poniéndose colorado. Después de varias horas Lulo Grillo se marchó furioso.

Al día siguiente, enterada del fracaso del Grillo, la Araña Francisca quiso enseñar a tejer a Eulato. Francisca iba y venía con los hilos, los subía y bajaba, los entrecruzaba y anudaba. Cuando Eulato tuvo que repetir el ejercicio no hizo más que enredarse y cortar hilos. Francisca lo sacó del enredo y se alejó protestando.

Mientras tanto Eulato crecía y crecía. Ahora comía semillas, tallos de hinojo, porotos. Cada día se levantaba más grande.

Una madrugada se escuchó gritar y quejarse al Bicho Canasto. Eulato había estornudado y la fuerza del estornudo sacudió de tal modo el gajo 14 que el Bicho Canasto cayó al suelo.

Eulato crecía y crecía.

En otra oportunidad quiso saltar de una rama a otra, jugando, y aplastó la casita de los gusanos.



En la planta de Limón estaban preocupados.

Después de un mes Eulato había crecido tanto que a cada paso suyo el barrio se sacudía; si quería jugar las ramas se doblaban y todo el mundo temblaba de miedo.

Hasta que un día se hizo una reunión para ver qué se hacía con Eulato. Las opiniones coincidían en que debía irse a vivir a otro lado. Así no se podía seguir. Claro que a nadie le gustaba tener que echarlo de la planta.

De pronto, en medio de la reunión, alguien gritó:

—¡Allá! ¡Miren eso!

—¡Uhh! ¡Es igual a Eulato!

Un bicho igual a Eulato se había parado sobre el tapial vecino y desde ahí gritaba:

—Hoink... hoink... hoink... —igual a Eulato pero con h.

—Oink... oink —le contestaba Eulato.

Enseguida, después de agitarse y tomar carrera en la rama, Eulato dio un salto y salió volando. Dio tres vueltas alrededor del bicho igual a él, y juntos se fueron volando hasta que de tan lejos parecían dos pequeñísimas manchas del cielo.

Ricardo Mariño (Argentina), Colihue.

